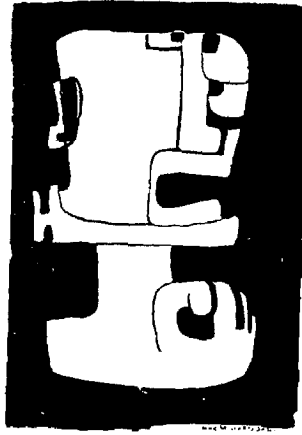


TEATRO



*No hay teatro de arte ni arte del teatro;
hay, sencillamente, teatro.*

JOSÉ BERGAMÍN

S O M B R A S

ACTO PRIMERO

A telón corrido, se oye el poema sinfónico de Honegger *Pacific 231*.

Una habitación individual en un manicomio. Todo en ella es blanco a excepción de un plano vertical situado en segundo término y a la izquierda del espectador. El foro es una de las paredes del cuarto y paralela a él se encuentra una cama. En medio de la habitación un par de sillas y una mesa pequeña. En cada uno de los laterales del fondo se supone la existencia de una ventana. Son aproximadamente las cinco de la tarde.

Al levantarse el telón, el principal protagonista de la obra, a quien de antemano llamaremos Pedro X, se halla tendido en la cama. Con la vista en el vacío habla de su pasado y, en el momento de empezarlo a hacer, la música suena tenuemente.

Empieza la acción.

Pedro X.—Mi paso es coreado por el silencio de la naturaleza. Las nubes se agitan sobre el cielo sanguinolento formando un conjunto tumultuoso en el que hace presa la quietud. Reina la tranquilidad. Mas, desobedeciendo ese mandato de paz, la máquina bufa y chilla y, cual reptil asqueroso, se sigue arrastrando de rail en rail. Expulsa vapores como queriendo ocultarse a toda vista en ese enmarañamiento gaseoso.

Campos negros del atardecer, sol en ocaso: todo contribuye a mi tristeza. Es la primera vez que recorro esta ruta y me sobrecoge el imaginar que sea la última (*Se sienta en la cama.*)

A mi diestra veo a los campesinos de regreso de sus labores. Cargan con sus herramientas. Unos van a pie, otros conducen pesadas carretas llevando a mujeres y niños. Cañas y fustas tropiezan en lomos de bestias que, sin inmutarse, siguen dejando su incansable huella en el camino.

Los campesinos, al ver el tren, se detienen y, con ojos pintados de horror, se santiguan. Un murmullo suena por lo bajo. Los niños buscan el regazo materno. Los hombres se miran. Y todos, sí, todos, como si se hubieran puesto de acuerdo, piensan o exclaman: ¡La caravana de la demencia! *(Se deja de oír la música. Silencio.)*

La noche ha invadido la tierra. La luz eléctrica se ha encendido en el tren y, a su primer contacto, rostros demacrados y horriblos han hecho mil muecas. *(Se levanta.)*

¡Están locos! Yo no. Lo mío no es locura. Soy tan sólo un asesino: eso, una persona cuyas manos se hundieron en una garganta. Todavía recuerdo aquellos ojos horrorizados preguntándome el por qué. Era víctima del terror. La visión de la Muerte me acosaba. Su sombra vagaba sobre la mía. Me persigue aún. *(En el segundo lateral derecho ha aparecido la Muerte vistiendo negra capa que le llega al suelo. Permanece de espaldas al público.)*

¡Ahí está! ¡Ahí! ¡Déjame! ¡Déjame! *(Tras una pausa, la Muerte desaparece por el mismo lugar por el que efectuó la entrada.)*

Así me encontraron después del crimen: tembloroso y frío como lo estoy ahora. No han creído cuanto les dije, pero intentaron recluirme en una casa de salud mental y lo han conseguido. No saben lo que hacen. ¡No pueden hacer eso conmigo! *(Silencio. Va hacia la mesa y se sienta extendiendo las manos sobre ella.)*

Mi vista reposa en unas manos blancas, grandes, sin ninguna arruga. De verdad: son jóvenes. Mis manos. Me siento su esclavo. Yo era pianista. Famoso, muy famoso. Ellas tocaban maravillosos acordes, verdaderamente geniales. Recuerdo que era ini-

gualable y lo sigo siendo. ¡Soy un genio! Pero si ellas me hicieron célebre me perdieron también. El índice le decía al pulgar: ¡Aprieta! Y todos los dedos, estos dedos que no son los míos, se complacían en hundir aquella vida en los abismos de la Muerte. Siento asco de su blancura y juventud. En el tren, atadas estaban al asiento y no las podía mover. Pero, ¿para qué? ¿No son las causantes de mi suerte? ¡Malditas sean! ¡Malditas! *(Silencio. Se levanta y empieza a pasear para detenerse de pronto.)*

A veces ni yo mismo me entiendo. Mis pensamientos se contradicen. Por eso voy a revelar un secreto: mi secreto. *(Gran silencio.)*

Estas manos no son las mías. En una noche de sueño profundo me las cambiaron. Estoy seguro. ¡Segurísimo! Yo sabía acariciar, ahora sólo sé matar. ¡Matar! ¡Acariciar! ¡Acariciar! ¡Matar! ¿Oigo risas? ¡Insensatos! No son carcajadas las que deben corear mi desgracia. Quiero compasión y no la encuentro.

Por favor, un poco de caridad; lo pide un demente.

(Razonando tras una pausa.) ¿Qué he dicho? ¿Demente? Ahora sí que enloquezco. Me he llamado loco. Ellos tienen la culpa. El que, a través de estas paredes oiga, también, porque en su fuero íntimo me ha calificado como tal. ¡Ah! Que la desgracia cargue con los... con todos. *(Silencio. Va hacia la cama y se acuesta, quedando con la mirada en el vacío.)*

El tren sigue chillando. Los locos gritan también en un alarido continuo. Hombres vestidos de blanco vigilan a cada instante nuestras ligaduras. Las mías las han visto flojas. Yo me resisto a su dureza y, entonces, ellos me golpean y escupen para que no las vuelva a soltar. Pero, ¿y qué culpa tengo? Son estas manos las que buscan la libertad. Mis manos que no son las mías. *(Se incorpora en la cama.)*

Aquellas angelicales alimañas se quedan mirándome y me comentan. Dicen que estoy loco y que padezco en la creencia de que he matado a alguien. ¿No soy un asesino? Eso lo dicen porque no tienen

manos sino de loqueros. ¡Sí, de loqueros! Sus carcomidas inteligencias no son otra cosa que un vacío en sus seres. Sólo piensan en descargar la brutalidad de sus personas sin sentimientos. *(En tono burlón.)* No soy un asesino. *(Como antes.)* ¿Y entonces aquellos ojos mirándome? Si al menos supiese a quien pertenecían. *(Vuelve a acostarse y permanece con la mirada fija en el techo)*

Una mosca juguetea en la ventanilla del tren. Esa mosca no es como todas. Me mira y me compadece. Lo noto en sus idas y venidas. Desde que está ahí ha recorrido el mismo camino veinte veces. Es incansable. Me marea. Otra ida y vuelta y suman veintiuna. El veintiuno, mi madre, fiesta, música, se unen en un recuerdo: mi cumpleaños. También estaba María. *(Se oye música de baile lenta, cada vez más fuerte. Las luces del escenario se apagan, quedando éste a oscuras. En penumbra habla Pedro X.)*

Mi madre, a la que pellizcaba un codo, se encontraba muy guapa. Un broche en su pecho lanzaba destellos y bailábamos.

(Al hacerse nuevamente la luz, se ha corrido un telón de tal forma que no queda vestigio alguno de la habitación del manicomio. En primer término bailan Pedro X y su madre. Al cabo de unos minutos empiezan a separarse lentamente, a la vez que por detrás de Pedro X surge la figura de María. La madre desaparece por el primer lateral izquierdo, al tiempo que María llega junto a Pedro X. Entonces bailan, siempre muy lentamente como en un sueño, y con la particularidad de que Pedro X tiene sus manos alrededor del cuello de María. Bailando desaparecen por el primer lateral derecho. La música aumenta aún más de volumen para de improviso parar y oírse un espantoso grito. Pasan unos instantes, transcurridos los cuales, Pedro X irrumpe en escena aterrorizado. Mira a su alrededor y, preso del espanto, sale por el primer lateral izquierdo. Las luces vuelven a apagarse. Nuevamente se deja oír la música y la voz de Pedro X.)

Angustiado eché a correr intentando huir del horror, pero no avanzaba nada. Parecía como si siempre andara en un mismo lugar. *(Al hacerse la luz, la misma habitación del manicomio. El protagonista aparece acostado y con la mirada fija en el techo. Todo está igual como antes de hacerse visible la escena que narra. Cesa la música.)*

Y la mosca sigue paseando en el cristal. Con mis manos atadas no puedo auyentarla. Entonces, dando un cabezazo, la triuro contra la ventanilla. Sus diminutos miembros quedan esparcidos y en el último soplo de vida me dice: ¿por qué? *(Silencio. Se sienta en la cama y se tapa el rostro con las manos. En el segundo lateral derecho aparece la Muerte. Poco a poco, Pedro X se va descubriendo hasta que su vista tropieza con la presencia del macabro personaje.)*

¡Ah! *(Se levanta.)* ¿No puedes dejar de vigilarme? ¿O es que no tienes suficiente con lo que me has dicho? *(Gritando.)* ¡Apártate de mi vista! *(Silencio. La Muerte vuelve a desaparecer, mientras Pedro X permanece en pie.)*

Me rodea la desesperación. Quisiera hacer algo, pero nada se me ocurre. Yo; un famoso ser, envuelto en esta situación incomprensible, en estas condiciones. Es inhumano. Ridículo. ¿Cómo habré venido a parar a este caos? Una duda me asalta: ¿estaré loco realmente? No. No lo estoy. Yo pienso y tengo mis facultades en orden. He de apartar esa idea que sólo enturbia mi inteligencia. ¿Qué me ocurre, entonces? Noto como si no fuera el mismo. Tengo ganas de llorar y gritar. Siento un gran peso en mi pecho y se me encogen los pulmones. Me ahogo. Un sudor frío baña mi cuerpo. Tiemblo. Necesito gritar, gritar... ¡María! ¡María!... *(Llorando se tira en la cama hasta que se tranquiliza. Luego su mirada vuelve a quedar en el vacío.)*

Desde el tren contemplo la oscuridad exterior: la noche. ¡Qué hermosa es! Digo hermosa y lo repito. Sigo en mi postura y la bendigo. Atado voy, pero la amo. No la describo porque temo la falta de luz.

Me sobrecoge. Siempre me han dado miedo las noches terriblemente oscuras. Me las imagino como inmensas llanuras llenas de abismos en los que voy cayendo, sin que éstos acaben ni lo hagan conmigo. Sí; me atemorizan y gustan. *(Pausa.)* Ahora sólo quisiera recordar aquella noche, aquélla que la misma oscuridad cubre, aquélla que es tiniebla y que mi ser vaga sin encontrar. Quisiera adentrarme en sus misterios y que en mi mente brillase la claridad. A veces creo conseguirlo y, en el momento preciso, el rostro de ojos desorbitados que deseo ver se borra para aparecer el de María. *(Se incorpora en la cama)* María. María. Siempre tú, María. ¿Dónde estarás? Ven a mí y compadéceme. Solo me he quedado. Dijistes que no me abandonarías. ¿Recuerdas? Tu pelo sedoso y negro, el que tantas veces acaricié, le faltan a mis manos. Estos dedos se agitan pidiéndolo en única virtud. Tus ojos profundos y serenos. Tu boca. Ven María. No huyas que no estoy loco. He matado. Sí. Pero conservo la razón. Ven. *(Silencio. Vuelve a tenderse.)*

Llueve. Y el tren, sobre húmedas traviesas, continúa su camino. Y en el cristal, un millón de gotitas juegan a cogerse. Se persiguen entre sí, yendo a desembocar en las mayores y con el movimiento de la máquina se pierden en una rendija. Las ciudades se nos muestran fantasmales tras los vidrios en gotas. Unos anuncios que quieren representar vida, mueren en reflejos que nada son. La algarabía y el regocijo se nos pintan de muerte prematura. Y el tren, sobre húmedas traviesas, continúa su camino. Y sigue lloviendo. *(Se levanta y da unas vueltas por la habitación. Se para junto al piano, al que mira, y luego termina sentándose ante la mesa a la par que la observa fijamente.)*

Una noche sin fin me envuelve y en esa tremenda oscuridad desfila mi corto pasado. Me veo pequeño, muy pequeño, y cómo los brazos de mi madre me cobijan contra su pecho. Veo fluir gran alegría en dos rostros al ritmo de mis primeros pasos y palabras. Me veo mayor, pero aun chico. Una viejecita, de barbilla

afilada, me enseña con paciencia junto al piano. Mis manos blandas, de diminutos dedos, se empequeñecen ante el blanco teclado. Veo unos ojos de mirada apagada que me dicen adiós. Una comitiva fúnebre por calles tortuosas. Y mi madre, apretándome, llora una pérdida. La veo negra, pálida, delgada y empiezo a darme cuenta de que el dolor nos rodea. *(Pausa. Más animado.)* Veo mis manos subiendo y bajando en el piano. Y rostros gesticulando con aprobación y extrañeza mi ejecución. El estudio del instrumento prosigue incansable, agotando horas, minutos, segundos. Me veo ya mayor. Un teatro rebosante me contempla y yo, impasible, ejecuto a Bach hasta saciarlo: mi primera audición. Todavía llegan los aplausos a mis oídos. Mi cabeza se inclina y levanta y, al hacerlo, la veo. Ella no aplaude y me mira... Veo a dos seres unidos de manos y sentimientos y no dejo de ansiar aquellos momentos felices. Me veo de concierto en concierto. De sala en sala. Almas de diferentes caracteres desfilan ante mí felicitándome. He llegado a la meta. ¡Soy un genio! ¡Un genio! *(Pausa.)* No veo nada más. Las tinieblas vuelven a querer reinar. Pero no. Algo se aproxima. Parece pretender salir de una oscura caverna. No sé lo que es. Siento pánico y el objeto, en el aire, se aproxima vertiginosamente hacia mí. No lo quiero ver. Da vueltas y más vueltas. Escasos metros nos separan. ¡Ya llega! El rostro de María, ensangrentado y sonriente, me mira y dice...

Voz DE MARÍA.—¿Por qué? ¿Por qué?

PEDRO X.—*(Arrasándolo todo.)* ¡No! ¡Yo no he sido! ¡Yo no he sido!... *(En medio de una gran crisis se tira en la cama. Luego se calma y, arrepiñiéndose de lo hecho, ordena lo descolocado. Por último se sienta en una silla.)*

(Esperanzado.) Quisiera ser feliz y llorar de gozo. Quisiera que la paz reinase en mí y que María... ¡Oh, María! ¿Serás tú a quien maté? No lo creo. Algo me dice que no. Que un día volveremos a vernos. Que correremos y reiremos por entre verdes campos. María, ven. No puedo más.

En este duro trance siento mucho dolor. Una decadencia de ánimo imposible de salvar. Además, me han confundido y junto a la masa esquizofrénica me amontonan. Evidentemente para el mundo soy un demente entre muchos. Me miran con asquerosa misericordia porque me consideran inferior a ellos; pero qué lejos están de imaginar que yo les sobrepaso en todo. Me creen loco. Pobres infelices. Pobres. *(Se levanta, va hacia la cama y la ordena, acostándose luego.)*

(Con la mirada en el vacío.) El tren se ha detenido y, antes de que de él nos saquen, veo como por el fondo del pasillo se acerca una figura. *(Sobresaltado.)* ¡Es el espíritu del cadáver que sepulté en el polvo! ¡La misma Muerte! Sigue aproximándose y con un dedo esquelético me señala. Su mirada tropieza con la mía. Me aturde. Se ha parado junto a mí y abriendo su boca comienza a hablar. Posee una voz sin sonido y sólo se siente el chirriar de su mandíbula. Horrorizado la contemplo sin acertar lo que quiere decirme. Hasta que, de pronto, su voz toma son y me comunica que he de morir esta noche...

MUERTE.—*(Apareciendo en el segundo lateral derecho e interrumpiendo el monólogo.)* Sí. Esta misma noche.

PEDRO X.—*(Levantándose rápidamente y encarándose con la Muerte.)* ¿Es que no puedes dejar de recordármelo? ¡Yo soy un genio! No puedo morir. Estos que aquí habitan si que... ¿Y por qué me toca a mí? Es demasiado pronto. ¡Soy joven! ¡No quiero morir! ¡No quiero! *(La Muerte desaparece.)*

(Sentándose en la cama. Más tranquilo.) Tras la ventanilla una estación bajo la lluvia. La gente se mueve rápida intentando evitar todo contacto del cielo. Repentinamente, por mandato de la naturaleza, ha cesado de llover. Los tejados continúan goteando al igual que los sombreros de los que pasan a nuestro lado, ya más despacio. Y, como despedida, el cielo se descubre aquí y allá para dar paso a sus ojos. ¡Qué agradecido estoy! Pero al descender la vista me he encontrado con un grupo de hombres que, bajo mi ventanilla, se amontonan para contem-

plar algunos destellos de mi locura. Ojalá pudiera demostrarles que no lo estoy. Que soy como ellos. Que pienso y actúo como cualquier humano... Los he saludado y al ver mis inclinaciones de cabeza han reído hasta el colmo. Poco les ha faltado para tirarse al suelo. Les compadezco. Están locos.

Y una vez más llega el nuevo día. Con aquella claridad nos bajan del tren y somos alineados sobre el barro. Luego, a través de un bosque de índices, comenzamos a andar. Se mueven de aquí para allá hablando de los locos. Los señalan a todos. (*Se levanta.*) Pero al llegar a mi apaciguan sus movimientos hasta detenerlos por completo. Se van encogiendo para terminar acurrucados en las palmas de las manos. Yo, al verlos, grito diciéndoles que por error me encuentro allí. Me arrastro en el barro suplicándoles; pero ellos, venciendo aquella momentánea timidez, salen de sus escondrijos para señalarme y hablar de mí con más furor que de otros.

Ya de camino, el ruido de nuestros pasos compone una melodía. Somos una gran orquesta que ejecuta ante la mirada atenta de escaso público. El ruido crece y decrece como en el mejor concierto. De pronto, sobre los acompasados movimientos, suenan los acordes del solista. Aún está lejos pero se va imponiendo. Seguimos pisando y él también lo hace, más fuerte. Al fin sólo se le oye a él y nosotros representamos su obediente e insonora compañía. Suena un único paso que, en toda su magnitud, va a mi lado. Y cada vez es más estridente hasta que creo enloquecer. Luego, en un silencio breve que hace mella en aquel trozo de tierra, es proclamada nuevamente mi suerte. Y juntos, como grandes amigos, seguimos andando la Muerte y yo. Le suplico que me olvide. Que se aleje de mí; porque aún soy joven y no he hecho ni la décima parte de lo que podría hacer. Por toda respuesta recibo un no. Un no en el que no se da cobijo a la esperanza. Un no que es mi sentencia definitiva. (*Silencio. Se sienta en la cama.*)

Los índices de uñas sucias han quedado atrás y

delante tenemos el campo abierto. Un olor a tierra húmeda flota en el ambiente, mientras que el agua cae de unos pocos árboles agitados por el viento. Al llegar a un recodo en el camino, se nos presenta un triste espectáculo. Es un paisaje sembrado de rocas en donde sólo crece una casa muy blanca. Tiene ventanas de negros enrejados y, en medio de aquel cuadro, parece depositada al azar. A simple vista su único morador es el silencio. Ante ella vamos a parar y adelantándose alguien da con su puño en la puerta. Pasan segundos eternos. (*Gran silencio.*)

(*Levantándose.*) Y de improviso, abriéndose la mirilla, sale un chorro de alaridos. Atropelladamente luchan entre sí por ser los primeros en huir de aquel infierno. Se enraciman ante la pequeña abertura y violentamente pregonan la locura con todo lo que lleva aparejada. ¡Al fin hemos llegado! Pero yo nada he de temer. Yo no estoy loco. Los locos son estos que aquí viven. Esos que siempre tiemblan y gritan.

TELÓN

Fin del primer acto.

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero. Han pasado unas horas. Ya no entra la luz por los laterales del fondo. Es de noche.

Al levantarse el telón, Pedro X pasea por la habitación acercándose, por último, a una de las ventanas.

Empieza la acción.

PEDRO X.—(*Junto a la ventana.*) Ha llegado la noche y en mis oídos resuenan palabras que me sumen, cada vez más, en la desesperación. (*Inconsolable.*) No soporto la idea de morir. Plan tan descabellado no concibe mi inteligencia. Por otra parte no siento dolencia alguna. Yo soy famoso. ¡No puedo morir! (*Va hacia la cama y se sienta.*)

Después de cenar, junto a la almohada, he oído el martilleo constante y rítmico de una música misteriosa pero bella. He entrado en habitaciones sin puertas ni ventanas y en todas habían cuencos con frutas. En uno sólo habían dos naranjas. Me detuve y las palpé con la vista. Entonces empezaron a moverse, componiendo de saltos acompasados una extraña danza. Y siguieron bailando hasta que una de ellas se aproximó al borde de una mesa y cayó al suelo. Gritó de dolor al reventarse, pero de su interior no salió ese jugo tan preciado: brotó sangre. Todo se puso rojo. El suelo era un inmenso lago que subía de nivel. Ya la sangre no surgía de la naranja. Caía de todos lados. Llovía. Y no podía salir de allí. El caer del líquido se mezclaba con la música. Sentí que me iba a ahogar y he gritado hasta volver a la

realidad. *(Queda pensativo. Se levanta, anda por la habitación y se acerca al piano. Lo abre y se sienta ante él)*

(Dirigiéndose al piano.) Es curioso: tantas horas de mi vida dedicadas a tí y ahora eres incapaz de consolarme. ¿Por qué? ¡Dime algo! *(Toca un poco y se detiene.)* ¡Ah, sí! Mi primera pieza. Lo primero que aprendí. *(Sigue tocando hasta parar con un conjunto de notas disonantes.)*

Pero a mi estado de ánimo no le van estos compases románticos. La pesadumbre que reina en mi cerebro no puede estar conforme sino con algo mío. Algo que brote de aquí. *(Se señala la cabeza.)* Eso me ayudará a ser fuerte. *(Toca. Al acabar se levanta. Le vuelve la espalda al piano y se aleja. Se detiene y lentamente vuelve a mirarlo.)*

(Al piano.) Gracias. Muchas gracias. Por las horas felices que me diste. Porque merced a tí la conocí. Porque con tu amistad he llegado a ser lo que soy. Eres el mejor de los instrumentos. El genio de los instrumentos. ¡Ah! Somos dos genios. ¡Dos genios! *(Al hablar se ha ido retirando hasta el extremo derecho del escenario. Desde allí inicia un paseo a la cama, pero, a la altura del segundo lateral derecho, le sale al paso la Muerte. Casi tropieza con ella.)*

MUERTE.—*(De espaldas al público.)* Buenas noches, Pedro X.
PEDRO X.—¡Tú! Casi has logrado asustarme... ¿Cómo me has llamado?

MUERTE.—Pedro X.

PEDRO X.—¿Pedro X?

MUERTE.—Sí. Que más da: Pedro X, Juan K, José L. El nombre es lo de menos. Compréndelo: son tantas las personas a quien visito, que si me fuese a aprender sus nombres no morirían jamás.

PEDRO X.—¿Sabes, Muerte...? ¿Puedo llamarte así?

MUERTE.—No serás el primero.

PEDRO X.—¿Sabes que tenía ganas de conocerte? Desde el día que tomaste a mi padre de su lecho he soñado con hablarte.

MUERTE.—¿Y qué es lo que querías decirme?

PEDRO X.—Ciertamente no lo sé. Ni aun ahora que voy a emprender un largo camino en tu compañía.

MUERTE.—La verdad es que no resultas un tipo corriente. ¿Estás loco?

PEDRO X.—Si a la genialidad le llaman locura...

MUERTE.—(*Excusándose.*) No quería ofenderte; pero no me negarás que el hecho de estar en este lugar es para pensarlo.

PEDRO X.—¿Por qué mataste a mi padre?

MUERTE.—¿Es que no piensas en tí?

PEDRO X.—¡Eres cruel y despiadada!

MUERTE.—No. Simplemente alguien que cumple órdenes. Y no me creas tan cruel; a veces me da pena arrebatarse adictos a la vida.

PEDRO X.—Si eso fuera cierto, ya hubieras hecho caso a mis ruegos.

MUERTE.—Todos me dicen lo mismo.

PEDRO X.—Es preferible así. Créeme: desde hace unos instantes la idea de morir me consuela. Estoy solo. Solo con un piano. El huir de aquí ya es para mí un premio.

MUERTE.—¿Y los seres que dejas?

PEDRO X.—(*En torno de burla.*) ¿Dejo a alguien? (*Como antes.*) Son ellos quienes me han abandonado. Primero María, luego mi madre. Y así, todos. Han desaparecido como las hojas en otoño.

MUERTE.—(*Riendo.*) Bonita metáfora.

PEDRO X.—No te burles. Además, no sabes reír.

MUERTE.—Y si yo te dijera que nadie te ha abandonado. Que el mundo piensa en tí. Que te quiere.

PEDRO X.—¿Es verdad eso?

MUERTE.—Tan cierto como que soy la Muerte.

PEDRO X.—Demuéstramelo. (*Ante la duda de la Muerte.*) Por favor: es la súplica de un moribundo.

MUERTE.—(*Complaciente.*) Está bien. Aún te quedan tres horas de vida y es suficiente.

PEDRO X.—¡Tres horas!

MUERTE.—(*Saliendo por el primer lateral derecho.*) ¿Vienes? Hemos de andar algo.

PEDRO X.—(*Yendo.*) ¡Tres horas! (*Salen.*) (*El escenario queda a oscuras oyéndose mientras el*

2.º movimiento de la Séptima Sinfonía de Beethoven. Al encenderse nuevamente la luz, se ha efectuado una reforma idéntica a la del acto anterior. De la habitación no queda rastro y en primer término, sentada ante una mesa y de cara al lateral izquierdo, está la madre de Pedro X escribiendo una carta. Por el mismo lateral, y mientras ella escribe, entran la Muerte y el principal protagonista.)

PEDRO X.—¡Es mi madre! (Llamándola.) ¡Madre! ¡Madre!

MUERTE.—No te canses. Ni te ve, ni percibe tu voz. Eres como...

PEDRO X.—¿...un aparecido?

MUERTE.—Exacto. Como un aparecido. Mira: te escribe una carta. Y ahora escucha que va a leerla. (*En ese momento acaba de escribir y se dispone a leer la carta.*)

MADRE.—(*Leyendo.*) Hijo de mi alma: son muchas las cartas que he escrito en mi vida, pero ninguna tan difícil como ésta. Sé que el tiempo será largo hasta recibirte noticias tuyas; pero no quiero dejar de escribirte para que así, al menos, me tengas a tu lado. Piensa en mí y en todo lo que te quiero. Trata de comprender que eso que pasas ahí se hace por tu bien. Para que te cures y vuelvas a mí. Para ser felices igual que antes. ¿Crees que no me ha costado esta separación? Por las noches me parece oírte dar vueltas en tu cama. Hasta tu respiración llega a mí. Tus zapatos, tus ropas, tu frac y tu piano son un tormento. Pero no me creas débil. Soy fuerte. Hemos de ser fuertes, porque tú has de recorrer mucho camino y yo he de verte.

Voy a cambiar de tema. No quiero que por mí sufras aún más. Cuando puedas escribir cuéntame lo que comes. Dime que tal marcha tu estómago. Abrígate mucho y por las noches arrópate bien no sea que te vayas a resfriar. Ahora te estoy haciendo un jersey y, en cuanto lo acabe, te lo mandaré junto con aquella biografía de Beethoven, que tú tanto buscabas. Sabes: la encontré de casualidad. Iba por la calle y en el escaparate de una librería la ví expuesta. Así que entré y la compré y, en estos mo-

mentos, sólo deseo que la leas y disfrutes con ella como yo lo he hecho.

Tu abuela sigue muy bien y te envía muchos besos y abrazos. Todos tus amigos y amigas, que a cada instante preguntan por tí, me han dicho que empezarán a escribirte la semana que viene.

Hijo mío: la espera se me hará muy larga, pero todo lo daré por bien empleado con tal de poder abrazar nuevamente. De hacerte tus comidas. De oír tus recitales. Piensa que te quiero y espero. Piensa que el tiempo pasará y que... *(En este instante Pedro X se encuentra ante la mesa en donde está su madre; aunque ella sigue leyendo ya no se la oye pues él la ha interrumpido.)*

PEDRO X.—No, madre. El tiempo se ha extinguido. No volveremos a viajar. Nunca más tocaré para tí. Ni tus comidas podré comer. Mis movimientos en la cama se vestirán de silencio y de nuevo tornarás a ser pálida y delgada... Madre, ¿no me oyes? *(Gritando.)* ¿No me oyes?

MUERTE.—No.

(La Muerte toma de un brazo a Pedro X y comienzan a iniciar el mutis. Pedro X, al pasar al lado de su madre le da un beso en la cabeza y, siempre mirando hacia ella, salen por el lateral derecho. Se apagan las luces y en penumbra se oyen las variaciones 7, 8, 9 y 10 de Rachmaninoff sobre un tema de Paganini para piano y orquesta. Terminadas éstas se hace la luz y de nuevo la habitación del manicomio. Por el primer lateral derecho entran Pedro X y la Muerte.)

MUERTE.—¿Convencido?

PEDRO X.—¿De qué moriré?

MUERTE.—¿Importa mucho? Has de morir y basta.

PEDRO X.—¿Sabes que soy un asesino?

MUERTE.—Conozco la historia.

PEDRO X.—*(Gritando.)* ¡No es historia!

MUERTE.—¿Por qué me gritas? ¿Acaso tengo culpa de que no lo sea?

PEDRO X.—Nunca he sabido a quien maté. ¿Lo sabes tú?

MUERTE.—¿Porqué habría de saberlo?

PEDRO X.—Hace un momento lo has dicho. Tú tienes la solución a mis problemas. ¡Habla!

MUERTE.—Mortal: yo te mando y por tanto no he de obedecerte. Recuérdalo.

PEDRO X.—Por favor, habla.

MUERTE.—Podría hacerlo, pero es misión que no me incumbe... Me voy. Te quedan dos horas de vida; quizás menos.

PEDRO X.—No, espera. Te ofreceré algo a cambio de tus palabras. (*Busca por la habitación.*) Aquí no hay nada. Toma: te doy mi anillo. (*Arrepintiéndose de lo dicho.*) No, claro; ¿para qué vas a querer un anillo? Tocaré el piano. (*Va hacia el piano.*) No. Quiero ofrecerte una cosa que me cueste. Algo que nunca haya hecho. ¡Ah! Va sé. ¿Te gusta la música?

MUERTE.—Es uno de mis complementos de iglesia.

PEDRO X.—Pues, ya está. Ahora siéntate en esta silla. (*La sienta de espaldas al público.*) Imagínate una gran orquesta. Tú en medio de ella. A tu izquierda los violines. A tu derecha los violoncelos. Detrás flautas, clarinetes, toda una orquesta. La sala repleta de público. Se interpreta música de Beethoven. (*Se escucha la música.*) ¿No oyes la Séptima Sinfonía? Está en sus compases finales. Dirigiré para tí. (*Dirige los cuatro últimos minutos del 4.º movimiento de la Séptima Sinfonía de Beethoven.*)

MUERTE.—(*Al acabar Pedro X y después de un gran silencio.*) Resultas muy cómico dirigiendo una orquesta con esa facha. (*Riende.*) ¿Dónde te has dejado la batuta?

PEDRO X.—¿Te ha gustado?
(*La Muerte levanta los brazos en actitud indiferente.*)

PEDRO X.—¿Y qué hay de tu promesa? Dijiste que podrías hablar. Hazlo, por favor. ¿Ha muerto María?

MUERTE.—(*Tras un silencio.*) Sí.

PEDRO X.—(*Desesperado.*) ¡Yo la maté! ¡Con estas manos!

MUERTE.—Fue un accidente.

PEDRO X.—¿Cómo? ¿Vas a decirme que no soy un asesino?
(*Mostrando las manos.*) ¿Qué no están manchadas?

MUERTE.—Eso pretendo. Recordarás el día de tu cumpleaños. Bailabas con ella. Y con ella, bailando, saliste

a un balcón. Dábais vueltas y más vueltas. Ella perdió el equilibrio y cayó arrastrando naranjas de un árbol que, sobre la misma tierra, bañáronse en su sangre. Tu bajaste al jardín. Incorporaste su cuerpo malherido y escuchaste: ¿por qué? No era a tí a quien se lo decía. Era a mí. Me preguntaba por qué le tocaba a ella siendo tan joven. No supe que decirle y sus ojos dejaron de ver.

PEDRO X.—¡Me arrebataste lo que más quería! ¡Eres traicionera!

MUERTE.—A todos les llega su hora.

PEDRO X.—(*Con ira.*) Maldita Muerte que nos llenas de tristeza, que diriges nuestros llantos. ¿Por qué no has de morir tú también? (*Pausa. Más calmado.*) ¿Y por qué mis manos se declaraban culpables?

MUERTE.—¿Es que no recuerdas de qué forma bailábais? Tus manos se enroscaban en su cuello. De ahí viene esa terrible pesadilla de creerte asesino. (*Se levanta.*) Ya no te queda sino una hora. Aprovéchala. Cuando transcurra te haré mi última visita. (*Inicia el mutis por el segundo lateral derecho.*)

PEDRO X.—(*Llamándola.*) Muerte: ¿sabes que estoy contento?

MUERTE.—¿Sí?

PEDRO X.—Dentro de una hora estaré con María.

CAE EL TELÓN LENTAMENTE.

Fin del segundo y último acto.

PEDRO SCHLUETER CABALLERO